

Numerosas curaciones

Este pasaje aparece también en los otros Evangelios sinópticos (Mt y Lc).

Dentro de la llamada «Jornada de Cafarnaúm» un relato que abarca una jornada típica, se deja ver que una parte importante de lo que Jesús realizaba era sanar enfermos y expulsar demonios.

R E V I S I Ó N D E S G L O S A D A D E M c 1, 32-34;

1, 32 AL ATARDECER, A LA PUESTA DEL SOL

La oscuridad en la Biblia representa el poder del mal, la tiniebla del pecado y de la muerte, por lo que resulta significativo que sea cuando la mirada y el ánimo se llenan de sombras, cuando la gente acuda a Jesús.

a la puesta del sol

Para los judíos, el día comienza al ponerse el sol (ver Gen 1,5; Lev 23, 32). En Jerusalén, los viernes en la tarde se colocaban unos vigías en lo alto del Templo, para mirar el horizonte. Y cuando el último puntito rojo de sol se ocultaba detrás de las montañas, tocaban unas trompetas para anunciar el pueblo que había comenzado el sábado, día de descanso obligatorio.

Como la jornada de Cafarnaúm sucede durante un sábado, en el que estaba prohibido realizar labores como acarreo (ver Jer 17, 24), Marcos hace notar que hasta que se puso el sol, es decir, hasta que terminó el sábado, la gente le llevó a sus enfermos a Jesús.

LE TRAJERON TODOS LOS ENFERMOS Y ENDEMONIADOS;

Reconocieron que Jesús tenía el poder de sanarlos y de exorcizarlos.

todos

Lo que empezó en casa, en la intimidad, con sus cuatro discípulos y su familia, ahora se amplía a todos. Ahora Jesús se ha vuelto una figura pública a la que acuden todos los necesitados de salud física y espiritual.

REFLEXIONA:

Ese «todos» quiere significar que la salvación es para todos, nadie queda fuera de la misericordia de Jesús.

REFLEXIONA:

Nadie quiso dejar de llevar ante Jesús a su familiar o amigo enfermo o poseído por el demonio. No desaprovechan la oportunidad.

Tampoco nosotros hemos de desaprovechar toda oportunidad para poner en manos de Jesús a los demás, especialmente a los que más sufren.

1, 33 LA CIUDAD ENTERA ESTABA AGOLPADA A LA PUERTA.

Se refiere a la puerta de la casa de Simón y Andrés (ver Mc 1, 29).

REFLEXIONA:

En este punto de la *“Jornada de Cafarnaúm”* Jesús ha ejercido Su misericordia en lo sagrado (la sinagoga) y lo profano (la casa de Simón), en lo privado (la curación de la suegra de Su amigo y discípulo), y lo público (la ciudad entera).

Jesús quiere hacerse presente para derramar en nosotros Su misericordia en todo momento y lugar.

1, 34 JESÚS CURÓ A MUCHOS QUE SE ENCONTRABAN MAL DE DIVERSAS ENFERMEDADES Y EXPULSO MUCHOS DEMONIOS.

Hay un contraste entre las palabras que ha empleado Marcos. Primero habla de *“todos los enfermos”* y de la *“ciudad entera”* y luego dice que Jesús curó a *“muchos”* y expulsó *“muchos”* demonios.

REFLEXIONA:

¿Por qué no emplea aquí el *“todos”*? Porque no curó a todos, ni expulsó a todos los demonios.

¿Por qué?, ¿a qué se debió que no curara a todos ni expulsara todos los demonios?

Cabe considerar al menos dos respuestas, entre otras posibles:

1. La primera es que no siempre conviene lo que nosotros creemos que conviene. A nosotros puede parecer que lo mejor que le puede pasar a un enfermo, es recuperar la salud, pero puede ser que no sea así. Puede ser que su enfermedad lo está purificando de ataduras y apegos desordenados; lo está haciendo crecer en paciencia, en humildad, en solidaridad con otros enfermos. O tal vez el efecto más grande no se dé en el enfermo, sino en quienes lo atienden. Dios les está dando la oportunidad de santificándose sirviéndolo en la persona de aquel enfermo.

Y lo mismo sucede con relación al exorcismo. El otro día leía el testimonio de un santo exorcista que mencionaba el caso de un poseso que no lograba ser liberado por más exorcismos que se le hacían, y Dios le reveló que lo permitía porque el poseso deseaba de todo corazón ser liberado, y se esforzaba por ir a Misa, rezar intensamente, etc. Por su temor al demonio, se había acercado a Dios, y si quedaba libre, corría el riesgo de alejarse como había estado antes.

Queda claro que cuando Dios permite que alguien siga enfermo o poseído, es porque le hará bien a su alma. Ello no significa que a Dios no le importe si sufrimos, dejarnos sufrir. Sí le importa, pero le importa más que podamos pasar con Él toda la eternidad. Lo que le interesa es nuestra santidad, quiere asegurarse de que estemos juntos toda la eternidad. Y todo lo permite o lo impide, con esa mira.

Hay quienes creen que si piden algo con mucha fe (y entienden la fe como una especie de autosugestión), Jesús se los concederá, porque Él dijo que si dos o más se ponen de acuerdo para pedir algo en Su nombre, sea lo que sea, se los concederá (ver Mt 18, 19).

Pero cuando Jesús nos invita a pedir *“en Su nombre”* no se refiere a que nos conformemos con añadir la frase: *“en el nombre de Jesús”* después de lo que pidamos, como *“fórmula mágica”* que garantice que se nos cumpla lo que pidamos, sea lo que sea. Pedir en Su nombre significa pedir como Él pidió, y ¿cómo pidió Él?: *“Que no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieras Tú”* (Mc 14, 36).

Entonces, cuando pedimos algo al Señor, debemos hacerlo con fe y en el nombre de Jesús, sí, pero tomando en cuenta que ello significa dejar el asunto enteramente en Sus manos, y aceptar de antemano que lo resuelva como mejor considere, lo cual puede no coincidir con lo que querriamos.

2. La segunda respuesta es que Jesús solía hacer milagros cuando encontraba fe, esa disposición del corazón que nos mueve a decirle sí al Señor.

Recordemos que cuando empezó Su ministerio público pidió: *“convertíos y creed en la Buena Nueva”* (Mc 1, 15).

Pidió conversión, es decir, cambio de mentalidad para reorientar los pasos hacia Dios, y fe, que consiste en decirle sí, en adherirse a Él, seguir Sus enseñanzas, cumplir Su voluntad.

Decía san Agustín: «Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti»

Quizá entre esos «todos» que fueron llevados ante Él, había algunos que no tenían fe, que sólo iban por curiosidad y no quedaron sanados.

Los milagros de Jesús

Al leer en los Evangelios que Jesús realizó curaciones, es decir, hizo milagros, hay quien piensa que se trata de un modo simbólico de hablar para decir que hacía mucho bien, pero que realmente no curó a nadie porque los milagros no existen. Otros piensan que las curaciones sí se realizaron, pero se lograron por la autosugestión de los enfermos, porque se trataba de enfermedades que estaban en la mente de los que las padecían. Otros dicen que eran «coincidencias» que esos enfermos se iban a curar de todos modos y le atribuyeron a Jesús su curación. Esa mentalidad es equivocada y contraria a lo que la Biblia dice y a lo que la Iglesia enseña.

Los milagros sí existen. Recordemos, sin ir más lejos, que se requiere que Dios conceda un milagro, científicamente comprobado, por intercesión de alguien, para que éste pueda ser beatificado, y otro para que sea canonizado. Y la comisión que comprueba dichos milagros está compuesta por médicos no creyentes, que se limitan a analizar rigurosamente las pruebas del caso antes de dar su veredicto.

Vale, pues, la pena tocar un poco este tema.

Primero que nada, cabe preguntar: ¿qué es un milagro?

El término viene del latín *miraculum*, de *mirari* «maravillarse»

Es un hecho extraordinario, que puede captarse con los sentidos, del que no hay explicación conocida, y que sucede para bien de una o más personas.

Se dice que un milagro es contrario a la naturaleza cuando el efecto que produce está por encima de las leyes de la naturaleza, como resucitar a un difunto.

Se dice que un milagro está fuera de la naturaleza cuando las fuerzas naturales pueden tener el poder de producir el efecto, al menos en parte, pero no pueden haberlo producido solas por sí mismas en la forma que realmente se produjo, como por ejemplo, que se calme instantáneamente una tempestad.

Todo milagro consta de dos signos: uno visible, comprobable, el hecho en sí, y otro que sólo se percibe por la fe.

Por ejemplo, el maná que recibió el pueblo judío cuando estaba en el desierto. Un científico puede querer estudiar por qué se produjo, qué era aquello, de qué estaba compuesto, etc. En cambio para el pueblo era un signo de que Dios estaba con ellos, que no los iba dejar morir de hambre.

Lo importante de un milagro no es el hecho en sí, ni analizarlo científicamente para tratar de hallarle explicación, ver si tiene «truco». Es posible que algún hecho, que en la actualidad se considera científicamente comprobado que es un milagro, dentro de cincuenta años tenga una explicación. Pero no importa, porque no es la explicación lo que cuenta, sino el signo que expresa.

Lo que importa del milagro es lo que significa, su mensaje, lo que nos quiere decir Dios. Y lo que nos quiere decir es que nos ama, que está presente en nuestra vida, y que todo lo que nos rodea está sujeto a Su amor y a Su plan de salvación para nosotros.

¿Por qué Jesús hacía milagros?

Porque se compadecía de los enfermos y endemoniados. Y también porque quería que Sus obras mostraran que había llegado el Reino de Dios (ver Mt, 11, 2-5), quería afianzar la fe de la gente, que al ver Sus obras, aceptaran Su enseñanza. En alguna ocasión pedirá a unos que lo cuestionan: *¿Si no creen en Mí, crean en Mis obras?* (Jn 10, 38).

Nota: Si quieres profundizar en el tema de los milagros, puedes consultar la Enciclopedia Católica online se publicó algo muy interesante: <http://ec.aciprensa.com/wiki/Milagro>

REFLEXIONA:

El más grande milagro es que Dios está entre nosotros. Es lo que estamos llamados a testimoniar.

Hemos de ser signos vivos de la presencia de Dios, ser signo que signifique algo para nuestros contemporáneos, que los mueva a descubrir a Dios.

Preguntémonos: ¿Cómo podemos ser signos del amor de Dios para los demás? ¿Cómo puedo ser un milagro para los demás?

La respuesta es: quebrantando las leyes de la naturaleza, de nuestra naturaleza egoísta, crítica, violenta, impaciente...

Hemos de hacer cosas imposibles, inexplicables, como amar, perdonar, servir a los demás, estar alegres cuando nos va mal, optimistas cuando las cosas no se ven bien, disponibles cuando ya no podemos más.

Si somos felices cuando todo nos va bien, no anunciamos nada extraordinario, eso mismo hacen los no creyentes. Si somos desgraciados cuando estamos enfermos, si refunfuñamos ante la adversidad, si nos vengamos cuando alguien nos hace algo malo, no somos signos inexplicables, no somos milagro de Dios para los demás.

En cambio un enfermo feliz, un ofendido que perdona, un deudo triste pero sereno, sí que son un signo inexplicable, un signo de que Dios está presente. Están diciendo, sin decirlo, que han encontrado a alguien que los ama tanto, que los ha hecho capaces de soportarlo todo. Alguien tan consolador, tan esperanzador, tan maravilloso, que gracias a Él son capaces de ser felices y estar contentos aun en las situaciones más difíciles.

No es fácil, pero Dios se manifiesta más precisamente cuando hacemos lo que supera nuestras fuerzas, cuando se nota que nuestro actuar está sostenido por Él.

Lo que para nosotros, con nuestras solas miserables fuerzas, es imposible, para Dios sí es posible.

Con Su ayuda, nuestros imposibles se vuelven posibles.

Decidámonos a vivir el imposible, ser milagros de Dios. Que los demás no se expliquen nuestra actitud, no encuentren lógica en nuestra bondad, en nuestra capacidad de acoger y perdonar, en que nuestro corazón permanezca abierto aun para aquellos que nos han lastimado.

Que los demás puedan leer en nosotros el signo del amor inexplicable e imposible de Dios.

REFLEXIONA:

A veces condicionamos nuestra felicidad a las cosas: pensamos que seremos felices si conseguimos tal casa, si termina esa enfermedad, si se arregla cierto problema. Pero entonces nunca somos felices, porque aunque consigamos aquello, surge siempre una nueva dificultad que aparentemente nos impide la felicidad.

Cuando comprendemos que lo único que necesitamos para ser felices es a Dios, y que ya lo tenemos, entonces captamos el milagro de Su presencia en nuestra vida y somos capaces de ser signos de Su presencia en la vida de los demás. Ser felices y hacer felices a otros. Comunicar felicidad.

Y NO DEJABA HABLAR A LOS DEMONIOS, PUES LE CONOCÍAN.

Como se mencionó en Mc 1, 25, Jesús hace callar a los demonios, pues quieren que Él fracase en Su misión, quieren dar a conocer que es el Mesías, porque la gente esperaba un Mesías político que los liberara de los paganos romanos que oprimían al pueblo, pero Jesús no es ese tipo de Mesías. Y no quiere que se sepa quién es, sino hasta el momento de Su muerte, cuando se pueda comprender qué tipo de liberación vino a traer.

En algunas traducciones dice: õpues no había llegado Su horaö, queriendo significar precisamente que será hasta la cruz, hasta que llegue Su hora de dar la vida para nuestra salvación, cuando se comprenda qué clase de Mesías es Él.

REFLEXIONA:

Jesús no quería que la gente de Su tiempo tuviera una idea equivocada acerca de Él. Tampoco quiere que la tengamos nosotros. No quiere que sólo lo busquemos cuando queremos que nos haga un milagro; no quiere que pensemos que está para cumplirnos los caprichos, para aprobar y bendecir nuestros proyectos, cuando tal vez ni siquiera le hemos preguntado, en primer lugar, si quería que los empezáramos. Porque nos ama, quiere que lo busquemos porque lo amamos, porque queremos estar con Él, acompañarlo a donde va, compartir lo que nos comparte.

Pregúntate: ¿qué imagen tienes de Jesús?, ¿cómo es tu relación con Él? Y si descubres que sólo lo buscas cuando necesitas milagros, date la oportunidad de acercarte a Él de otra manera, de buscarlo como buscas a un ser querido, del que no esperas ver qué le sacas, sino con el que quieres estar y al que más bien tú quieres hacer feliz.

REFLEXIONA:

Relee el texto bíblico revisado aquí, haciendo Lectio Divina (leerlo despacito, meditarlo, orarlo, es decir, dialogar con Dios al respecto, contemplarlo, dejar que quede resonando en tu interior), y responder con algún propósito concreto.

Pídele que te ayude a captar el milagro de Su presencia constante en tu vida, y a ser también milagro Suyo para los demás, signo de Su amor para los demás.